

BUDD SCHULBERG

¿POR QUÉ CORRE SAMMY?

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE J. MARTÍN LLORET

BARCELONA 2008



A C A N T I L A D O

La primera vez que lo vi, él no debía de tener más de dieciséis años, un muchacho pequeño, como un hurón, despierto y rápido. Sammy Glick. Solía hacerme los recados. Siempre corría. Siempre parecía sediento.

—Buenos días, señor Manheim—me dijo cuando nos conocimos—. Soy el nuevo chico de los recados, pero no voy a hacer de chico de los recados mucho tiempo, ni de coña.

—No digas «ni de coña» o te pasarás toda la vida haciendo de chico de los recados—dije yo.

—Gracias, señor Manheim—dijo él—, por eso acepté este trabajo, para rodearme de escritores y aprender a hablar y a comportarme.

Nueve de cada diez veces yo ni siquiera habría alzado la vista, pero había algo en la voz de aquel muchacho que me impresionó. Debía de estar cargada con miles de vol-tios.

—Ya veo que eres un tipo listo—dije yo.

—Bueno, trato de mantener los oídos y los ojos abiertos—dijo él.

—Labia tampoco te falta—dije yo.

—Me preguntaba si los periodistas siempre bromean, como en las películas—dijo él.

—Largo de aquí—contesté yo.

Él se fue corriendo, demasiado rápido, un pequeño hurón. «Un muchacho listo», pensé. «Un pequeño judío listo». Me hacía sentir incómodo, con esa carita angulosa, pulcra y ansiosa. Observé cómo aquel cuerpo delgado

y nervudo doblaba la esquina a toda velocidad. Me sentí violento. Supongo que siempre me ha dado miedo la gente que puede ser ágil sin gracia.

El jefe me dijo que Sammy tenía tres semanas de prueba. Pero en esas tres semanas Sammy corrió más por aquella redacción que Paavo Nurmi en toda su carrera. Cada vez que le entregaba un artículo, él salía corriendo como si de ello dependiera su vida. Todavía puedo ver a Sammy corriendo por entre las mesas, con la corbata flameando en el aire y los ojos desorbitados, desesperado.

Tras el segundo viaje volvía a mí jadeando, como un cachorro frenético que devuelve la pelota a su amo. Nunca en la vida había visto a nadie trabajar tanto por doce dólares a la semana. Había que reconocerle el mérito. Tal vez no fuera el muchacho más adorable del mundo, pero se le intuía un no sé qué. Yo solía detenerme en mitad de una frase para observar cómo él iba de un lado para otro.

—Con calma, muchacho.

Aquello era como decirle al Niágara que intentara caer más lentamente.

—Usted ha dicho que corría prisa, señor Manheim.

—Pero no te he pedido que te nos caigas muerto de un momento a otro.

—Yo no me caigo muerto tan fácilmente, señor Manheim.

—¿Te gusta tu trabajo, Sammy?

—Es un trabajo estupendo... para este año.

—¿Para este año? ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que si el año que viene todavía hago lo mismo será una mierda.

Lo vi tan tenso y serio que estuve a punto de reírme en su cara. Me caía bien. Tal vez fuera un poco insolente, pero era un buen chico.

—Te tendré en cuenta, muchacho. Quizá dentro de un par de años pueda colocarte de periodista júnior.

Ésa fue la primera vez que me asustó. Yo me estaba tomando la molestia de ser amable y él me contestó con una mirada que casi resultaba desdeñosa.

—Gracias, señor Manheim—me dijo—, pero no quiero que me haga ningún favor. Yo ya sé cómo funciona esto del periodismo. ¿Un par de años de periodista júnior? Veinte dólares. Luego otra temporada en la sección de noticias locales. Treinta y cinco. Y finalmente, cuando ya te has convertido en un gran periodista, cobras cuarenta y cinco dólares durante el resto de tu vida. No, gracias.

Me quedé allí pasmado, mirándolo. Y entonces...

—¡Eh, chico!—Y de nuevo salió disparado, batiendo el récord de los cien metros lisos bajo techo.

Supongo que él ya sabía lo que hacía. Para Sammy el mundo era una carrera. Y él corría contra reloj. De vez en cuando me sentaba en la barra del Bleek's, miraba fijamente el reflejo en mi vaso de whiskey y decía: «Al, me importa un carajo que ya nunca más vuelvas a levantar el trasero de este asiento; que ya nunca más vuelvas a escribir otra frase. No pienso presentarme. Si se trata de una carrera, ya podéis tachar mi nombre. Al Manheim se niega a correr». Y entonces aquella pregunta empezaba a rondarme por la cabeza: ¿Por qué corre Sammy? ¿Por qué corre Sammy? Pedía otra copa y le preguntaba a uno de los camareros:

—Esto... Henry, ¿por qué corre Sammy?

—¿De qué demonios habla, Al?

—Hablo de Sammy Glick, de eso estoy hablando. ¿Por qué corre Sammy?

—Está borracho, Al. Habla con lengua de trapo.

—¡Maldita sea, no intentes escabullirte! Te he hecho

una pregunta importante. Vamos, Henry, contéstame, de hombre a hombre, ¿por qué corre Sammy?

Henry se secó el sudor de la frente con la manga.

—Por Dios, Al, ¿cómo demonios quiere que lo sepa?

—Pero yo tengo que saberlo. —Ahora yo ya gritaba—. ¿No te das cuenta de que ésa es la respuesta a todo?

Pero al parecer Henry no se daba cuenta.

—Señor Manheim, está usted chiflado—me dijo con compasión.

—Esto me está volviendo chiflado—dije yo—. Supongo que sólo Karl Marx o Einstein o un gran cerebro podrían comprenderlo; es demasiado profundo para mí.

—Por el amor de Dios, Al—suplicó Henry—, será mejor que se tome otra copa.

Debí de seguir el consejo de Henry, porque esta vez volví al trabajo con un pedal tremendo. Tuve que parir mi artículo aporreando las teclas como de seis máquinas de escribir a la vez. Y aunque parezca extraño, fue así como corrí por primera vez contra Sammy Glick.

A la mañana siguiente, un tornado arrasó las oficinas. Se originó en el despacho de O'Brien, el redactor jefe, y acto seguido se dirigió a la mesa del crítico teatral, que era yo.

—¿Por qué demonios no prestas más atención a lo que haces, Manheim?—gritó O'Brien.

Lo único que pude decir así, a bote pronto, fue:

—¿Se puede saber qué mosca le ha picado?

—Ninguna—gritó él—. Pero sé lo que te está picando a ti en el cerebro, un montón de gusanos. ¿Acaso anoche no leíste tu artículo antes de entregarlo?

De hecho ni siquiera había podido ver mi artículo. Y lo menos que se podía decir de mí en esa clase de situaciones era que siempre me dejaba intimidar. De modo que me limité a preguntar tímidamente:

—¿Por qué? ¿Estaba mal?

—No, qué va—dijo con sorna y esa horrible voz que siempre consiguen los redactores jefes—. Sólo tenía un pequeño defecto. Te dejaste todos los verbos del último párrafo. De no haber sido por ese muchacho... Sammy Glick, se habría publicado tal como tú lo escribiste.

—¿Qué tiene que ver Sammy Glick con esto?—pregunté yo, irritado.

—Mucho—dijo el redactor jefe—. Se lo leyó mientras lo llevaba de una mesa a otra...

—¿Que Glick lo leyó?—grité yo.

—Cierra el pico—dijo él—. Lo leyó mientras lo llevaba de una mesa a otra, y cuando vio ese último párrafo se sentó y lo reescribió él mismo. Y además lo hizo la mar de bien.

—Eso está muy bien—dije yo—. Es un muchacho estupendo. Tendré que agradecersele.

—Yo ya se lo he agradecido en la única lengua que entiende—dijo el redactor jefe—, dándole un par de entradas para el combate entre Sharkey y Carnera. Y a *tu nombre*.

Al cabo de unos minutos me encontré cara a cara con el buen samaritano de Samuel Glick.

—Bien hecho, Sammy—le dije.

—Bah, no hay de qué, viejo—dijo él.

Era la primera vez que me llamaba de otro modo que no fuera señor Manheim.

—Escúchame bien, listillo—dije yo—, si viste algún fallo en lo que yo escribí, ¿por qué no viniste a decírmelo? Ya sabes dónde encontrarme.

—Claro que lo sé—dijo él—, pero no creí que hubiera tiempo.

—Pero en cambio sí tuviste tiempo para enseñárselo primero al redactor jefe—dije yo—. Muy hábil.

—Oiga, señor Manheim—dijo él—, lo siento, de veras. Yo sólo quería ayudarle.

—Y me has ayudado—dije yo—. Igual que el insecticida ayuda a las moscas.

Desde que Sammy había entrado a trabajar allí, hacía cuatro o cinco meses, se había aplicado a conciencia en la tarea de hacerme la pelota. Apenas dejaba pasar un día sin decirme lo mucho que le gustaba mi columna, y naturalmente yo me sentía halagado y le proporcionaba alguna que otra idea para mejorar su estilo, o le recomendaba lecturas, o a veces le pasaba un par de entradas para ir a ver un espectáculo, y luego lo comentábamos y, en cuanto me descuidaba, él ya me estaba soltando su perorata sobre Glick y el Teatro. De todos modos, él tenía un buen concepto de mí y siempre me había tratado con todo el respeto que era capaz de mostrar un muchacho impertinente como él, pero en ese preciso instante, mientras observaba su rostro, me pareció ver cómo cambiaba. El redactor jefe no le había colgado una medalla en el pecho, pero sí había puesto un brillo nuevo en los ojos de Sammy. Aquel éxito se le había subido tanto a la cabeza que no le importaba lo furioso que yo pudiera estar. Aquello fue el comienzo.

—¿No cree que es peligroso dejar caer tantos verbos?—preguntó—. Si hubiera alguien debajo podría salir mal parado.

—Oye—dije yo—, dime una cosa. ¿Cómo demonios puedes leer mientras corres?

—Yo aprendí a leer así—dijo él—, corriendo. Llevando recados.

Aquello me irritó. Tal vez tuviera razón. Entonces alguien lo llamó y él giró sobre sus talones y echó a correr. «¿Por qué corre Sammy?», me pregunté, siguiéndolo con la mirada, «¿Por qué corre Sammy?».

Durante los dos meses siguientes, Sammy y yo apenas nos tratamos. Pensé que tal vez mostrándome duro le daría una lección. Me limité a entregarle mi artículo sin alzar la vista, y dejé de intentar ampliar sus conocimientos. Pero al cabo de un tiempo mi actitud empezó a parecerme un tanto ridícula. Al fin y al cabo, yo era un crítico teatral adulto que había cogido manía a un pobre muchacho que sólo intentaba prosperar. No era muy elegante por mi parte. De modo que cuando volvió a pasar por mi mesa le propuse que enterráramos el hacha.

—Apuesto un cuarto de dólar a que sé dónde le gustaría enterrarla—dijo Sammy—, en mi cabeza.

Tuve que reconocer que aquello era una tentación nada desdeñable, pero logré no sucumbir a ella. Supongo que en el fondo siempre he sido un pedazo de pan. Nunca he podido ver una pelea callejera entre dos pequeños repartidores de periódicos dispuestos a matarse el uno al otro por tres centavos y pasar de largo sin intentar separarlos. En los momentos difíciles, cuando no estoy borracho ni trabajando mucho, supongo que podría decirse que soy un idealista. No me enorgullezco de ello. En este mundo regido por todas las normas y restricciones de una dura batalla campal, siempre resulta algo embarazoso descubrir que aún crees en principios tan anticuados como la regla de oro y el amor fraternal.

Así que empecé a decir, hipócritamente:

—Vamos, Sammy, al fin y al cabo casi soy lo bastante mayor para ser tu padre...

—No me venga con ésas—dijo Sammy—. Mi viejo le doblaba a usted la edad cuando estiró la pata hace diez años.

—Oh, lo siento—dije—. Espero que no te importe que haya sacado el tema. Pero apuesto a que sé lo que te diría

tu padre si pudiera verte hoy. Te diría: «Sammy, a la larga llegarás más lejos portándote bien con los demás, porque así luego, cuando tú los necesites a ellos, ellos se portarán bien contigo».

Deberíais haber visto la cara de Sammy riéndose de mí.

—Señor Manheim—me dijo—, ese rollo sí que me recuerda a mi viejo. Eso es lo que él me decía. Porque, ¿quiere usted saber de qué la diñó mi viejo? De idiotez.

—Bonito modo de hablar de tu padre—dije yo.

—¿Qué quiere que le haga si murió de eso?—dijo Sammy—. No sabía nadar y guardar la ropa y murió de una enfermedad que en mi familia parece congénita, la idiotez.

—Ese diagnóstico no parece muy científico—dije yo.

—A la mierda la ciencia—contestó—. Yo lo único que sé es que mi viejo la palmó porque se calentaba demasiado los sesos, y mi vieja y el corto de mi hermano sufren de lo mismo.

Me di cuenta de que definitivamente aquella charla se había adentrado en un callejón sin salida. En la mayoría de familias judías abunda el amor filial, pero Sammy no era lo que se dice un hijo cariñoso. De modo que volví a mi enfoque sociológico.

—Verás, Sammy—dije, con tono paternalista—, la sociedad no es solamente un grupo de individuos que conviven juntos. Como miembro de la sociedad, el hombre es interdependiente. No *independiente*, Sammy, *interdependiente*. La vida es demasiado complicada para que sea verdad el viejo lema ese de cada cual a lo suyo. Todos nos beneficiamos de las instituciones sociales, como por ejemplo los hospitales, la poli y el servicio de recogida de basuras. El arte de la conversación, sin ir más lejos, es una